

Evocación de la Armada Nacional

CNCE Pedro J. Gutiérrez H.

Tres grandes figuras granadinas se destacaron en la epopeya emancipadora:

Santander el organizador de la victoria y talentoso legatario de nuestra fisonomía democrática y republicana, Córdoba el guerrero que en el día cenital de Ayacucho rompió el último eslabón de la cadena que nos ataba al colonialismo y Padilla el marino que desplegó la vela de la libertad en nuestros mares y afirmó en Maracaibo el ancla de la emancipación americana. Así se expresó el doctor Horacio Rodríguez Plata al prologar la obra del doctor Enrique Otero D'Costa reeditada en 1973, con motivo del Sesquicentenario de la Batalla de Maracaibo y como un homenaje al intrépido Comandante vencedor de aquella memorable acción en nuestra Guerra de Independencia.

La Batalla de Maracaibo fue para la seguridad de la República como la de Nelson en Trafalgar para la seguridad de Inglaterra, la presencia de Morales en Venezuela y los éxitos de su ejército no sólo constituían una amenaza real para la Independencia tan duramente lograda en las jornadas de Boyacá en 1819, y de Cartagena en 1821, sino que ataba a los ejércitos del Libertador en la Nueva Granada y retardaba peligrosamente la Campaña del Sur y la liberación del resto de la América Hispana. Padilla nombrado por el Gobierno como Comandante de las Fuerzas Navales Independientes para apoyar el sitio de Puerto Cabello y las operaciones sobre Maracaibo, comprendió perfectamente el alcance de la situación y ante el hecho de que su fuerza no podía enfrentarse en aguas abiertas con posibilidades de éxito a las del Almirante Laborde ya que ello equivaldría a lanzarlas a un combate desigual comprometiendo

el éxito de la campaña y el futuro de la Patria, tomó la decisión de acometer la empresa que nadie sino él hubiera imaginado, forzar la barra de Maracaibo para amenazar a Morales y obligar a Laborde a buscar el combate sin sus buques capitales impedidos para entrar al lago debido a su calado. Genial concepción que dio los frutos esperados y que creó el impase estratégico que se requería para darle a la guerra un vuelco definitivo en favor de las armas de la Independencia.

Maracaibo marcó el principio del fin del dominio español en América, y para el héroe, fue la cúspide de la gloria de una carrera militar brillante iniciada como un humilde mozo de Cámara en los buques de la Armada Española y jalonada por hechos de armas y de servicios a la Patria que se iniciaron el 11 de noviembre de 1811 en Cartagena y que continúan con su participación en la defensa de ese puerto contra los sitiadores encabezados por Morillo, sus triunfos en la bahía, la penosa evacuación de 1815, su participación en la primera expedición de los Cayos, sus actividades en el Orinoco y el Apure de 1816 a 1819, el desembarco de Riohacha, la Campaña del Bajo Magdalena, el Combate de Ciénaga, el sitio y toma de Cartagena, las acciones del 4 y el 29 de julio de 1821 y por último la gran campaña sobre Venezuela que culminó con la victoria de Maracaibo y que le valió más tarde para alcanzar el grado de General de División, como uno de los tres únicos granadinos que logró tal distinción sólo con el respaldo de una luminosa trayectoria tachonada de coraje, abnegación y amor a la Patria.

Concluía la Magna Epopeya, Padilla hombre sencillo y sin capacidad para la intriga se vio envuelto en la sorda lucha política que ensombreció el horizonte de la naciente nación. Fue víctima de las maquinaciones de Montilla, de Manrique, de Muñoz y de muchos malquerientes que no sólo envidiaban su bien merecida fama, sino que veían en él un obstáculo para sus ambiciones políticas y de poder. En medio de ese ambiente solapado de confabulaciones y de pugnas en las que sus enemigos eran avezados maestros, Padilla abocado al conflicto de optar entre su amor respeto y admiración por Bolívar y los ideales republicanos, optó por estos últimos y por ellos fue al cadalso en forma por demás injusta e ignominiosa.

Padilla, dejó para quienes le sucedieron y para quienes hoy le servimos a la Patria en el mar una invaluable lección de

visión estratégica, carácter personal, valor, profesionalismo, acendrado sentido del deber, tenacidad y patriotismo, rasgos todos éstos que están impresos en las páginas de la Historia Nacional y que constituyen ejemplo y enseñanza valiosos.

Padilla fue un hombre de grandes y sorprendentes decisiones así; lo demostró en 1821 en la famosa noche de San Juan que precedió a la toma de Cartagena por las fuerzas libertadoras y en 1823 cuando contra toda previsión decidió forzar la barra en lo que fue el preludio de su brillante triunfo.

Hombre de carácter y de visión estratégica Padilla después de la rebelión de los irlandeses en Riohacha, se opuso a la decisión tomada por Montilla y Brión de suspender la campaña y retirar la flota hacia Margarita, y ante un consejo de Oficiales, propuso dirigir la escuadra a Occidente para atacar a los Realistas en Sabanilla, hacer contacto con los Patriotas de Barranquilla y dominar el Bajo Magdalena. La acción del 11 de junio de 1821 inspirada por esta concepción embotelló a la flotilla española que operaba en el Magdalena, obligó a los Realistas a retirarse del Banco y de Mompós para refugiarse en Tenerife en donde fueron batidos por Maza el 22 de junio del mismo año.

Tampoco vaciló en oponerse a lo dispuesto en el decreto del 7 de noviembre de 1826 en el que por razones de orden fiscal se ordenaba el desarme de los buques de guerra y el inmediato retiro de la oficialidad sin goce de sueldo de retiro.

Decía Padilla: "Este decreto es una puñalada dada a la Fuerza Naval de la República cuya destrucción se pretende". "El Ejército puede organizarse en un momento pero la Marina necesita mucho tiempo y dinero y jamás he visto una nación que se quede sin ella aun cuando esté en paz con todo el mundo".

Las órdenes se anularon pero muerto Padilla se impuso la tradicional mentalidad mediterránea, se clausuró la Escuela Naval de Cadetes y la Marina se fue extinguiendo lentamente, ahogada por la falta de recursos fiscales y ante la mirada indiferente de unos jefes que emulaban por el mando y sus prebendas pero que carecían del valor y del prestigio del Riohachero para oponerse a su derrumbe.

Cuánta razón tenía el Almirante; ya para 1833 de esa orgullosa Marina sólo quedan unos restos inservibles, y para

la Patria, se inicia un período de afrentas y atropellos de vergonzosa recordación. En octubre de 1833 dos navíos de guerra franceses exigen satisfacciones y dinero por causa de un cónsul que insultó al Alcalde. La Armada no existe, actúan los diplomáticos, se dan satisfacciones, se destituye al Gobernador y al Alcalde, se paga la suma exigida y desaparece la amenaza del Comandante Le Grandois y de su Escuadra.

En 1836 un procónsul inglés borracho atacó e hirió al juez cantonal de Panamá, es encarcelado pero interviene la Corona y sus buques se presentan en Cartagena al mando del Comodoro Peyton, se bloquea el puerto, se exige indemnización y la libertad del condenado, nuevamente actúa la diplomacia porque no se dispone de otra cosa, se pone en libertad a Mr. Russell, se paga la multa impuesta por el Gobierno de su Majestad y todo vuelve a la normalidad.

En 1856 a raíz de una riña entre panameños y norteamericanos por un pedazo de sandía, murieron varios hombres. El comisionado de Estados Unidos pese a que la investigación en la que participaron el cónsul francés y el inglés indicaba lo contrario, decidió que la culpa era de los panameños y pidió a su Gobierno la ocupación inmediata de Panamá para garantizar la seguridad de sus conciudadanos. Se presentan los buques de guerra, la tropa desembarca sin oposición y Colombia soluciona nuevamente el impasse por las mismas vías de siempre y pagando una indemnización de 412.394 dólares, los buques se retiran y la situación retorna a la acostumbrada normalidad.

Pero es que la debilidad de las naciones despierta los apetitos de los que tienen algún poder para imponerse y ya Colombia había demostrado ante la faz del mundo con que facilidad inclinaba la cabeza; no es de extrañar pues que en 1898 se presentara en Cartagena una fuerza de cruceros al mando del Almirante Candiani para exigir, además de la consabida indemnización, la modificación de un fallo judicial proferido por las autoridades de la República contra un oscuro ciudadano italiano traficante de armas, de nuevo actúa la diplomacia, se paga, se accede a todas las exigencias, se regresa a la normalidad.

Pero estos apenas son los preámbulos de lo que está por venir, la codicia de los poderosos ha puesto sus ojos en Panamá:

Existe un vacío de Poder y el Poder no admite vacíos; Francia, Rusia, Estados Unidos, todos tienen algo que decir menos Colombia que carece de la capacidad y de los instrumentos del poder adecuados para participar en las decisiones que otros hacen sobre el futuro de su desarrollo. "Entre ilusos, pícaros, negociantes o agentes progresistas, se planean en Francia o en Estados Unidos combinaciones para una empresa que debe hacerse en territorio colombiano". El desprecio de Roosevelt se manifiesta en sus indicaciones al representante del Departamento de Estado en Bogotá "debe demostrar a esas despreciables criaturillas de Bogotá hasta donde están comprometidas las cosas y estorbando nuestro futuro". "Pienso que sería más provechoso, considerar si no sería mejor advertir a esas liebres que por grande que haya sido nuestra paciencia puede acabarse". Efectivamente su paciencia se agotó y en 1903 Roosevelt el cazador de osos y de tigres da el zarpaso y se lleva el Istmo.

La Patria tuvo que ser violada, vejada y mutilada para que nuestros hombres de estado empezaran a comprender la sencilla lección del humilde Riohachero. El Gobierno en 1907 con decreto 793 del 6 de julio funda la Escuela Naval Nacional cien años después de que Miranda cruzara el Caribe a bordo del Leandro, sobre cuyo mastil tremolaba por primera vez la bandera de Colombia y en cuyas entrañas se agitaba ya la Marina de Guerra con que Padilla arrojó del Continente al Poder Hispano. Vano intento de resurrección que culmina a los tres años con la graduación de los primeros oficiales y la clausura de la Armada cuyos buques se rematan por 17.000 pesos.

Lo de Panamá ya pasó, estamos en paz con todo el mundo, lo que el General Reyes quiso crear, lo destruye de un plumazo otro general Presidente, la Marina se desbanda e irónicamente el gobierno destina a sus Oficiales para servir bajo otras banderas.

Sin una Marina para hacer valer nuestros derechos sobre las lejanas costas de la Mosquitia y ante las pretensiones de Nicaragua y de sus continuos abusos, como de costumbre se le da solución al incómodo problema por la vía de menor resistencia y se entrega todo ese litoral y algunas de sus islas con la ingenua pretensión de que se implantara en ese país un régimen político de carácter republicano; vano sacrificio y pueril in-

tento para tratar de oscurecer el hecho de que se carecía de los medios necesarios y adecuados para llevar la autoridad de la República a todos los confines de la Patria y en particular a los que se encontraban más allá de la bajamar.

El 1º de septiembre de 1932, hay inminencia de guerra, esta vez se trata de un vecino, la Patria está en peligro, se llama al servicio a los Oficiales egresados en 1910 de la extinta Escuela Naval, los odios políticos se disipan, el patriotismo contagia a las gentes, las mujeres se desprenden de sus joyas, de sus arras y de sus anillos de matrimonio para ayudar a sufragar los costos de las naves que defenderán a la Patria en los ríos del Sur y en los mares.

Se organiza la expedición punitiva que cruza el proceloso Caribe en frágiles buques de río, se remonta el Amazonas y la Patria se hace presente en las líquidas vías de la selva, mientras sobre su cielo vuelan las águilas de la naciente Fuerza Aérea y los hombres del Ejército abren trochas por entre la inhóspita manigua para combatir al enemigo. Se recupera el territorio, se firma la paz y se estabilizan las fronteras que estuvieron a punto de ser perdidas por causa de un funesto olvido.

La experiencia vivida pone en evidencia el hecho de que toda nación debe contar con un poder militar balanceado capaz de hacer sentir su influjo sobre todos los espacios del territorio y llegado el caso capaz también de proyectarse más allá de las propias fronteras para defender sus intereses vitales. Los vacíos son peligrosos y Colombia ha sufrido hasta la saciedad sus consecuencias. Las lecciones son recientes y el gobierno empieza a tomar medidas correctivas; por decreto 853 del 20 de abril de 1934 se funda la Escuela de Grumetes que empieza a funcionar a bordo del transporte Boyacá y por decreto 712 del 13 de abril de 1935 se dan de alta 36 Cadetes para la Escuela Naval que empezará a funcionar el 3 de julio de ese mismo año a bordo del transporte Cúcuta y las que en forma ininterrumpida hasta hoy le han dado al país los hombres que tanto necesita para su desarrollo marítimo y para su defensa en el mar y en los ríos limítrofes.

Este recuento histórico sólo busca poner en evidencia los muchos errores y los pocos aciertos que hemos tenido los co-

lombianos en el manejo de nuestros asuntos marítimos y en ningún caso pretende culpar a otros de nuestras desgracias, porque las naciones como los hombres y las instituciones, son las forjadoras de su propio destino y las únicas responsables de su pasado. Los colombianos de hoy estamos escribiendo la historia de mañana y es a nosotros los hombres de mar a quienes corresponde el deber ineludible de ayudar a formar el futuro marítimo del país y de participar en su desarrollo, plenamente conscientes de los errores cometidos y de la irrevocable necesidad de corregirlos.

En la Colombia de hoy aunque el mar ya no es solamente un tema más para nuestros poetas y compositores populares, y forma parte esencial del lenguaje de los estadistas, entre muchos de nuestros dirigentes y compatriotas aún subsiste, un desueto y peligroso "atavismo terrestre", que se obstina más por ignorancia que por mala fe, en volverle la espalda al Mar y en desconocer una realidad que ya no necesita ser demostrada.

Es por eso que hoy reunidos ante nuestro Almirante para conmemorar un nuevo aniversario de la más grande Batalla Naval librada en aguas de América por la libertad y por la Independencia, quiero invitar a todos los marinos y a todos aquellos que creen en el mar, no a hacer otra profesión de fe en el futuro, sino a comprometernos en una gran cruzada para llevar a Colombia al sitio que la geografía le ha señalado en el Continente como nación marítima y para que como lo hicieron los marinos de Padilla en Maracaibo, clavemos las escotillas de nuestro navío, de tal suerte que ninguno rehuya el combate, y así, unidos por nuestros ideales y por nuestras esperanzas, como un solo hombre, hagamos frente a las incertidumbres y a las amenazas de hoy y de mañana con el firme propósito de vencerlas.